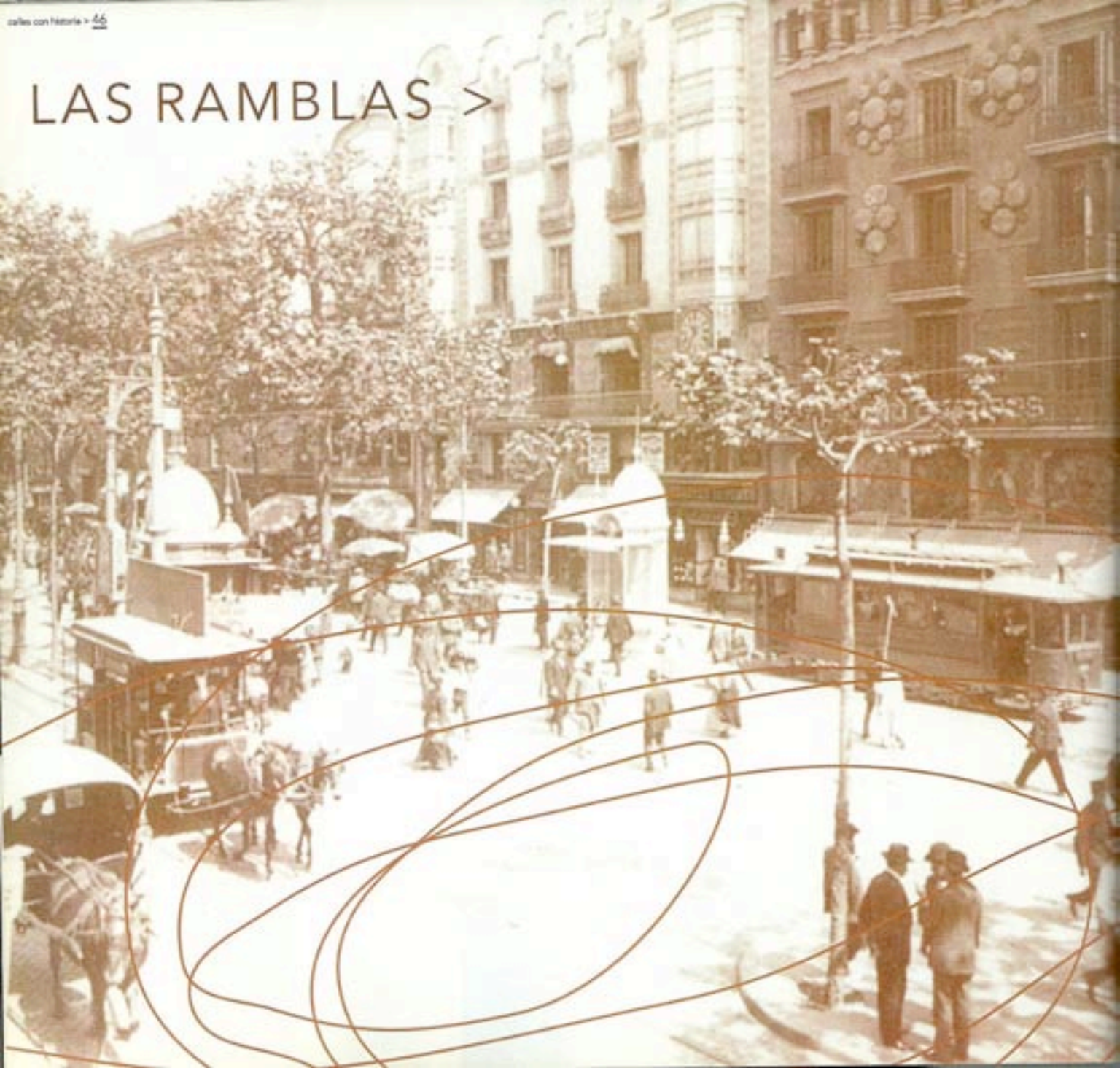


LAS RAMBLAS >



Si antaño, desde el siglo XV al XVIII, cuando se hablaba de curiosidades urbanas de carácter extraordinario todos los viajeros y trotamundos citaban la calle Ancha de Barcelona por sus dimensiones desusadas –que permitían celebrar, incluso, carreras de caballos– a partir del siglo XVII el emblema de Barcelona pasa a ser la Rambla en cualquiera de sus tramos. A despecho del floreciente Eixample que le disputa el liderazgo con sus hileras de plátanos copados, la Rambla se erige en el salón por el que la ciudadanía deambula a todas horas. En palabras de Luis Almerich, también conocido por Clovis Elmeric, autor del magnífico e inencontrable *Historia urbana y sentimental de la Rambla de Barcelona* que la librería Millá editara en 1945 al módico precio de 12 pesetas, el popular paseo se convierte con el paso de los años en el patio de vecindad de Barcelona, “en su azoteilla, su balcón, su revista de moda, su púlpito y su confesionario”. Al tiempo que esto sucede, brota una nueva generación de paseantes hasta la fecha desconocida: los “ramblistas”.

Hombres de mar y hombres de dehesa, paseantes desocupados, extranjeros, comediantes, iras y rabirras, empresarios con sombrero, amas de casa, genets humildes sin otra cosa que llevarse a la boca que unas cucharadas de sopa boba, artistas, vagos, rufianes, tunantes y toda una fauna variopinta que sería imposible inventar en este artículo, pasan a confundirse en una cosa: como las Ramblas, ninguna. Nada, pues, que ustedes no sepan. Lo que tal vez ignoren es que durante el imperio romano las Ramblas no eran sino un vasto cauce de arena gorda donde se arremolinaban peñascos de buen tamaño que el agua arrastraba desde las montañas cercanas hasta el cauce, donde se enpotraban. Por sus guijarros, los barceloneses le dieron un nombre muy expresivo: *Coladell*. Pero serían los árabes quienes, en sus breves incursiones en Barcelona, sacaran provecho de la corriente mezuquina con huertos a ambos lados del cauce, toda vez que a ellos cabe atribuir la paternidad del nombre que nos ha llegado hasta nuestros días: “Rambla”.

Ya en el siglo XIII, después de mil y una vicisitudes, muchos huertos con paredes de tapia delimitan el cauce, al tiempo que el barrio de la Ribera se convierte en el más rico de la ciudad. Por este motivo y dado que la población va en aumento, se decide construir una muralla que transciera paralela a la Rambla hasta el espolón de mar. Al muro se le dota de diferentes puertas: la de los Bergants, donde aguardan los que esperan que se les contrate para diversos trabajos; la Puerta Ferrisa, así llamada porque aparecía parcheada abundantemente con clavos de hierro; la puerta de la Boquería, a la que se aplicaron, según dice la leyenda, las puertas arrancadas a Almería por un conde Barcelosá, y la Puerta de Trentaclaus, o sea, de treinta clavos o llaves, donde comienzan a abrir casas de mala vida.



La Rambla deja de ser riera, aunque sigue teniendo mucho de arrenal. En 1364, para encauzar a los iracundos torrentes que envía la lluvia, se construye una cloaca subterránea a la altura del Pla de la Boquería que, según cuenta Pi i Arimón, “permitía pasar a un hombre a caballo”, lo que da idea de su grandiosidad.

En el siglo XV puede decirse que la Rambla está ya urbanizada. Su vecindario, muy heterogéneo, lo componen rufianes, buscavidas, andorranas (putas), liudados y contrabechos, militares, eclesiásticos y, en general, amantes de la vida retonzona y holgazana. Las murallas constituyen un mirador soberbio, así que los ciudadanos que pueden elevar la altura de sus viviendas sobre ellas gozan de un estimable privilegio. “Son varios los reyes –cuenta Luis Almerich– que al entrar en la ciudad, en vez de seguir la ruta tradicional (Boquería y Call), al salir de la calle Hospital descienden por la Rambla hacia el convento de San Francisco, frontierlo a Atazaranas”.

A su vez, los frailes de San Francisco aprovechan la Rambla para establecer unas modestas estaciones de su Via Crucis, hasta el Pla de la Boquería, al que el vulgo, por esta razón, llamará Cap de Creus. También *els bergants*, en su mayoría jornaleros a destajo, pirapedreiros y de otros oficios que eran contratados al día, disponían junto al portal de unos bancos de piedra donde podían aguardar sin grave molestia a ser llamados.

En el siglo XVI la Rambla comienza a llamar la atención de los forasteros. El papa Adriano al verla el 6 de agosto de 1552 en medio de una lluvia torrencial –y nunca mejor dicho– elogia la anchura y regularidad de su trazado en una época en la que las calles eran igual de retorcidas que los peces pecados. Barcelona tiene Universidad (El Estudio General) pero está dispersa por diversos barrios. Por eso, el Consell de Cent busca un solar para reunirlos a todos y naturalmente se ensamora de la Rambla. A partir de entonces la Rambla se puebla de estudiantes alegres y bulliciosos que, por un motivo u otro, acaban discutiendo con los jesuitas instalados en la iglesia de Belén para plasmar así su desacuerdo en infinidad de materias. Y así siguen las cosas hasta que en el siglo XVIII Felipe V decide descargar toda su rabia en Barcelona y destruye el barrio de la Ribera y clausura El Estudio General, que se trasladan a Gervasa. Poco después, en 1767, Carlos III expulsa a los jesuitas, con lo que la Rambla se queda desierta de estudiantes y curios.

Ya en el siglo XVIII las Ramblas comienzan a tener la fisonomía actual, ensombreciéndose por tal gente paseando y admirando a las cuatro o cinco campesinas que vendían rosas envueltas en hojas de col, las tiendas sin puertas de la Rambla de Sant Josep, donde se mostraba la pesca salada –mayormente, bacalao y atún–, la rara clientela –franceses, sobre todo– de la fonda de las Cuatro Naciones y la magnificencia del palacio de la Virreina. En este edificio vivía Manuel Amat, un catalán fabulosamente rico que había sido virrey de Perú. Cuando volvió a la Ciudad Condal, ya viejo, quiso casar a su sobrino con una señorita bellísima apellidada Fvallen, que se hallaba recogida en el convento de Junqueras. Pero sucedió que el día señalado el sobrino, todo un crápula, dejó plantada a la novia, por lo que don Manuel exclamó: “Señora: si yo no fuese tan viejo, os pediría la mano en sustitución de mi informal sobrino”. A lo que se cuenta que respondió ella: “Señor: más viejas son las paredes y las cerros de esta casa y las sufrí a gusto”. Total que se casaron, aunque él murió muy pronto, dejando de heredera a su viuda, que a partir de entonces sería conocida por el sobrenombre de la virreina.

Durante el siglo XIX la Rambla es el crisol que mide la agitación política de Barcelona: luchas patrióticas, manifestaciones populares, procesiones, revoluciones, embrietas y atentados pasan a formar parte del orden del día.

Pero, al margen de quemas de conventos, terribles plagas de cólera e invasiones de los franceses, también suceden otras cosas. Por ejemplo, el 30 de junio de 1818 inaugura su recorrido la primera diligencia de España, que enlazará con Valencia todos los martes y sábados (el billete se sacaba en la calle Nou de Sant Francesc).

Mientras tanto, la Junta de Obras Públicas de Utilidad y Ornato decide reordenar la Rambla “dado que necesita adquirir más igualdad, embellecimiento y vista en toda su dilatada carrera”, lo que lleva a indemnizar a los propietarios de solares y barracas a 16 reales el palmo (la esquina de la calle Fernando VII se paga a 20 reales). Dos años después, el 19 de marzo de 1840, se coloca la primera piedra del mercado de la Boquería, con lo que la Rambla empieza a parecerse definitivamente a la que conocemos ahora. Tan sólo le faltaba algo de luz, ya que por la noche eran habituales las tribulcas, las risas y los gritos, lo que retrata a los señores con sombrero de copa y bastón y a las señoras tocadas con elegantes gorros parianos fabricados, eso sí, en Terrasa. De repente, 53 faroles de gas iluminan su trazado causando tal conmoción que, según la gente de la época, se podía leer hasta los periódicos en plena rue.

En años sucesivos se construye el Gran Teatre del Liceu, el teatro de la Santa Cruz pasa a llamarse Principal, abre la farmacia del doctor Andreu y multitud de paseos con los ojos como platos comienzan a conocer las excelencias de un comercio llamado El Siglo.

Nada ha cambiado desde entonces. Si acaso que ya no hay murallas y que la gente que busca por las Ramblas se ha multiplicado con el paso de los años. Si los marcianos algún día nos invaden, seguro que los veremos por las Ramblas. De hecho, más de un día da la impresión de que súbditos del planeta verde caminan entre nosotros, infiltrados. Pero que nadie tema: si las Ramblas han resistido a los franceses, al cólera, a capitanes generales bigotudos, a bombas y a riadas... ¿qué podemos temer de los marcianos!

Entre la gran marcialista de 1862 y el inicio de las obras del metro en 1903 las Ramblas han ido aconteciendo a los cambios temporales con los cambios de protagonista.




Tipos de las Ramblas

A lo largo de su historia, la Rambla ha conocido a personajes tan singulares que, a pesar de la dura competencia, han logrado resaltar de sus semejantes. Nos referimos, por ejemplo, a Girón Pabre, un viejo tenaz y espigado, que cerraba y abría diariamente la Rambla en el primer tercio del siglo XX. También, claro está, a la Maños, dejada y pequeña, con el pelo recogido, hippie como una ananás, sobre la que no hay un consenso absoluto, pero de la que se dice «lo cuenta Luis Carandell en la Guía secreta de Barcelona» que era una loca de verdad o una pobre descuidada, según el volumen del monedero del que osara describirla en dos palabras. En los años veinte se le dedicaron canciones y comedias, y cuando sonaba el nombre de alguien se decía: "Este es más popular que la Maños". Pero murió olvidada en 1940, cuando la temeraria no dejaba un tomate maduro o una col semi podrida en el mercado que las payesas plantaban detrás del edificio de la Virreina.

También estaba el Sheriff, al que ahora mismo observar en una fotografía antigua, justo después de descender la pistola, rodeado de curiosos, apaches y gentes que perfectamente podían englobarse en vapores tribales que caminan hacia ninguna parte, los aprendices de silleo, los golfos esquiadores vendedores de relojes "de oro". "¡Cuidado, Johnny, está detrás del árbol!", le gritaba algún camarero gracioso. A lo que él, rauda y veloz, tincaba la rodilla en el suelo y haciendo ver con gran dramatismo que estaba herido, desperaba al agresor invisible, dejándolo muerto y bien muerto tras un árbol corpulento. De este sheriff que vestía pantalones y chaqueta negros, ligeramente ladeado el sombrero de vaquero sobre el pelo largo y gastado, se cuenta que fue retado, nada más y nada menos, que por el Sheriff de la Barceloneta, que le disputaba el título de las perles. "Había gran expectación" — escribe Luis Carandell —. "Como la voz desde el puerto hasta Canaletes. Pero al enfrentarse, los dos valientes se estudiaron la figura y, sin decir palabra, se enseñaron las espaldas y se alejaron uno del otro, tal vez avergonzados de ensuciar sus sueños con pelias reales. El intruso no ha vuelto nunca más, a no ser disfrazado de persona corriente".

Y lo mismo puede decirse del Noi de Tona (éste ya más antiguo, de finales del siglo XIX, del Cato o de L'Escudellonete). En la actualidad, otros han cogido el relevo. Hablamos del conde Drácula, que se tumba en su sarcófago al lado de la parada de metro del Liceu, justo enfrente del mercado de la Boquería. A Drácula, que vive muy cerca de Cornos, le suele acompañar su madre, quien acostumbra a sentarse en una sillita de playa muy cerca de donde yace su hijo. Tanto es así que lo que ella compra en el mercado (peras, tomates y cebolletas, el último día que la vi descendió en el atad de madera, lo que obliga al vampiro a hacer sitio a esta sangre corriente y moiente en su instrumento de trabajo. Al finalizar la jornada, el conde se echa al lomo la caja y la lleva hasta su vivienda.

Al sur y al norte de Drácula puede verse un concierto de sevillanas de un conjunto sin ningún disco editado; un vaquero hiriático, todo gris el cara y todo, que permanece tan estático que, si uno se despista, bien puede confundirlo con una estatua; un indio que se sube por los árboles; un flautista que no sabe tocar la flauta; un anciano con cuatro perros y un platillo es el que flotar seis monedas de duro y dos de cinco; un payaso que te tique y tique provocando la risa de los que miran y haciendo que los vandantes se cuiden mucho de pasar por su lado, si pena de ser perseguidos justo hasta donde la paciencia aguanta. También se deja ver de vez en cuando Elvis Presley, quien, al contrario de lo que muchos creen, no crea maltrax en Memphis sino que se pasea con gran desparpajo Rambla arriba y Rambla abajo. Y no sólo eso, sino que con el tiempo, el rey del rock and roll se ha vuelto más selecto, por lo que no es raro verlo en esa pequeña cafetería italiana que hay cerca del Pla de la Boquería tomándose un cremoso café con el que afinar la guitarra.

Pero sería imposible enumerarlos a todos porque, además de los que han elegido como profesión hacerse notar, están los que lo hacen a su manera de forma más sigilosa: mirando a esa chica extranjera con minifalda, leyendo de goma los titulares de los periódicos deportivos, hablando de si Kuwait se marcha o se queda; comprando tabaco de contrabando a 300 pesetas y, en definitiva, viendo lo que pasa. Es esa afición por la vida contemplativa la que ha hecho famosa a las Ramblas. Nadie verá a tanta gente turrida en cuestiones que interesan como en este paseo cosmopolita. Todos ellos son rambleros, una cepa del género humano que entiende que lo mejor que se ha inventado es darse una vuelta hasta el puerto y después decantar el camino rumbo a Canaletes.  Avicelo Grande

